

31 de diciembre de 2023 - Fiesta de la Sagrada Familia "B".

[Gen 15,1-6; 21,1-3; Heb 11,8.11-12.17-19; Lucas 2,22-40](#)

Homilía

En este domingo de la Sagrada Familia, los Evangelios elegidos para cada uno de los tres años del ciclo litúrgico no presentan una doctrina sino tres eventos vividos por la Sagrada Familia. La historia del año pasado (año A) fue la de la huida a Egipto. Para los otros dos años (años B y C), leemos dos relatos de Lucas que cuentan una ascensión de Jesús a Jerusalén con sus padres - la presentación de Jesús en el Templo por sus padres en un caso, el peregrinaje de Jesús a Jerusalén con sus padres cuando tenía doce años en el otro caso.

Así que Lucas lleva a Jesús dos veces al Templo de Jerusalén con sus padres. Cada vez regresa a Nazaret donde continúa creciendo en edad y sabiduría ante Dios y los hombres. De su vida en Nazaret Lucas no informa nada, excepto que fue sumiso a sus padres.

Estas dos subidas al Templo de Jerusalén ya preparan la gran subida final a Jerusalén al final de la vida de Jesús (Lucas 19, 45 ss.). Hay muchos elementos comunes a estos tres "ascensos". Cada vez se viene al Templo por respeto a una prescripción de la Ley. La primera vez, para la presentación del primogénito, y las otras dos veces para la celebración anual de la Pascua. Cada vez hay palabras que provocan asombro. Durante la presentación, "el padre y la madre del niño se asombraron de lo que [Simeón] dijo de él"; durante la segunda ascensión, todos los que escucharon al joven Jesús hablando con los maestros de la Ley se asombraron y sus padres no entendieron su respuesta cuando les dijo que debía estar en las cosas de su Padre; finalmente, durante la última predicación de Jesús en el Templo, nadie le entendió cuando anunció la destrucción de ese Templo.

Poco se sabe de la Sagrada Familia, excepto que era pobre. José era un simple obrero (la palabra griega "tektón" usada por Lucas significa un manitas en vez de un carpintero en sentido estricto). Cuando presentan a su hijo en el Templo, sus padres no presentan el cordero de los ricos sino las palomas tortuga de los pobres. Y esta pobre familia (bienaventurados los pobres, dirá Jesús) estallará rápidamente, en el sentido más positivo de la palabra estallar - como una flor estalla al abrir sus pétalos, para abrirse a la gran familia de los discípulos de Jesús, a la gran familia de los gentiles.

Con Jesús la familia adquiere un significado completamente nuevo. Ya no es, para cada uno de sus miembros, el corazón del mundo,

con el que todo debe estar relacionado y conectado. Está fracturado. Es el lugar del que se sale para entrar en el mundo, un lugar de paso e iniciación en el universo. Es la espada que divide el corazón de María en dos. Su corazón se dividirá entre el Hijo, a quien pierde cuando se escapa de ella, en el Templo, a la edad de doce años, después cuando la deja alrededor de los treinta, cuando ella probablemente ya es viuda, y finalmente cuando es crucificado. Este corazón dividido es inmediatamente re-soldado en el amor universal que comparte con su hijo.

¿No es este un mensaje importante para nuestro tiempo, cuando incluso cuando la familia se rompe en otra manera, más bien negativa, y a menudo incluso se niega a formarse - al mismo tiempo, un viento de retirada está soplando sobre los grupos humanos en todos los niveles? Naciones enteras, y no las menos poderosas, están desarrollando de nuevo actitudes tribales de agresión, así como de aislamiento, que se pensaba que pertenecían a los milenios pasados. Lo mismo ocurre a nivel de las comunidades más pequeñas o de las comunidades.

Es entonces cuando los dos misteriosos y simpáticos personajes de Simeón y Ana entran en juego en el Evangelio de hoy. Dos contemplativos que han sido capaces de integrar su fe y esperanza personal muy viva en la vida religiosa del Pueblo de Israel. La profetisa Ana pasó prácticamente toda su vida en el Templo, sirviendo a Dios noche y día en la oración. El viejo Simeón también encarnó en su vida la expectativa del Mesías que era la expectativa de todo el Pueblo, y así viene al Templo impulsado por el Espíritu. Debido a que son dos verdaderos contemplativos, ven lo que nadie más a su alrededor ve.

Cuando Jesús es presentado al Templo por María y José, que realizan los ritos habituales, Jesús es para toda la multitud presente en el Templo sólo un bebé entre otros, un primogénito por cuya redención se ofrecen ritualmente dos palomas o dos tórtolas. Los dos contemplativos, Simeón y Ana, porque tienen la mirada pura y penetrante de las personas liberadas de todos los lazos y ambiciones humanas, ven más allá de las apariencias. Un sentido interior, que no es otro que el Espíritu Santo, les dice que están en presencia del Mesías, el Santo de Israel, el Salvador. Simeón, que no vivió para nada más que para esperar al Mesías, puede ahora irse, no sin haber anunciado a María algunas de las dolorosas exigencias de ser la Madre del Mesías. Ana, cuya expectativa también se ha cumplido, no puede dejar de hablar de este extraordinario Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

¿Qué lecciones podemos aprender de esto para nosotros? En

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

primer lugar, que si somos verdaderos contemplativos, pasando nuestras vidas como Ana en el Templo, sirviendo a Dios día y noche en la oración, seremos capaces de descifrar los signos de los tiempos y reconocer a Cristo en cualquier forma que desee venir a nosotros.

Pero la primera lección es que toda familia, ya sea la familia nuclear ordinaria, o una familia monástica como la que estamos formando aquí en Scourmont, sólo puede profundizar su cohesión interna si al mismo tiempo se integra firmemente en la gran comunidad eclesial y en la sociedad civil en la que está establecida, y si sabe respetar e integrar las tradiciones y costumbres de ambas. Entonces podrá, como Anne, hablar de forma creíble sobre el Niño a todos aquellos que esperan la salvación.

Armand VEILLEUX